

PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco (2017)
Melchor Macanaz. La derrota de un «héroe»
Madrid: Cátedra, 439 p.
ISBN 978-84-376-3640-5

Francisco Precioso Izquierdo ha hecho un trabajo que era necesario, casi diríamos que urgente: repensar desde nuestros presupuestos historiográficos actuales la biografía de Melchor de Macanaz. El libro que nos ocupa, originado en su tesis de doctorado, aborda de pleno la vida y el marco social de un personaje sobre el que nunca ha sido fácil escribir. La dispersión de sus escritos y su destierro son algunas dificultades que no pueden obviarse. No fue hasta 1969, gracias al afortunado atrevimiento de una *outsider* de la comunidad académica como Carmen Martín Gaité, que dispusimos de una estupenda biografía hilvanada con gran sensibilidad. Desde la muerte de Macanaz en 1760, nadie se había atrevido a investigar a fondo su vida, al margen de algunas glosas o hagiografías. La aproximación de la escritora salmantina venía condicionada, como ella misma confesaba, por la lectura de Menéndez Pelayo y la fascinación que sentía por aquellos personajes malditos, combatientes de «causas perdidas». Así pues, es innegable que este primer impulso historiográfico venía de un deseo de profundizar en el caso de una víctima de la intolerancia del nacionalcatolicismo inquisitorial.

Muchos años han pasado desde entonces. El sistema universitario ha multiplicado los recursos para investigadores de un modo exponencial, de modo que disponemos de una miríada de nuevas aportaciones sobre la época de los primeros Borbones. Sin embargo, estas en muchas ocasiones son demasiado parciales y fragmentadas, dispersando cuestiones que a veces reclaman un enfoque sintético. En este sentido, era un clamor que no dispusiéramos de un estudio de conjunto y con documentación nueva sobre Macanaz. Afortunadamente, ese vacío ha podido lle-

narse y ese libro ahora existe. Si el trabajo de Martín Gaité había buscado responder a la necesaria pregunta de quién era Macanaz y cómo había «caído» del *apogeo* a la *desgracia*, Francisco Precioso ha reformulado ambas preguntas: ¿cuál era el contexto social de Macanaz y por qué había ascendido de la mediocridad al apogeo?

Ambos interrogantes se plantean desde el marco conceptual de la historia social de la familia. No está de más recordar que la tesis original lleva por título *Los Macanaz*, ya que una parte de su investigación está dedicada al nieto de Melchor, Pedro de Macanaz, cuya vida ofrece algunos paralelismos con los de su abuelo. Sin embargo, su autor no se ha limitado a la faceta familiar, sino que aborda también su rol político frente al Consejo de Castilla y su perfil intelectual como pensador regalista. Siguiendo la estela de los historiadores murcianos Juan Hernández Franco y Francisco Chacón Jiménez, la primera parte del libro ya ofrece dos aportaciones que hay que poner de manifiesto. La primera tiene que ver con los orígenes familiares. Frente al discurso aristocratizante y autolegitimatorio desplegado por el propio Melchor, la familia Macanaz se revela como un caso de elitización construida exclusivamente a partir de su participación en la política local de Hellín. Cargos como escribanías o regidurías y algunas tierras y rentas sobre el mayorazgo habrían consistido en las fuentes de su poder social, no exento de conflictos con las élites más poderosas. Ahora sabemos que los Macanaz del siglo xvii habrían tocado un techo sociológico al haber topado con los límites de reproducción local de una familia plebeya. Con este «fracaso familiar» (p. 70), se hacía necesario explorar nuevas estrategias como la educación universitaria y el servicio en la Corte.

En segundo lugar, Precioso ha ahondado en los años de juventud durante los cuales Melchor sirvió al marqués de Villena. La relación con el marqués fue mucho más allá de su participación en el círculo intelectual del que fuera fundador de la Real Academia de la Historia, ya que el joven licenciado en leyes asumió durante casi diez años el papel de ayudante en la gestión del marquesado, y finalmente, de secretario de cámara del mismo marqués. Así pues, Macanaz dispuso bajo su patronazgo de una oportunidad sin igual para entrenar sus capacidades como abogado al estar al frente de sus abundantes litigios y pleitos (pp. 86-93).

El libro prosigue el desarrollo biográfico de Macanaz, pero sin perder nunca de vista el contexto en que este se mueve ni el impacto en su familia de Hellín. De este modo, el trabajo de Precioso consigue en buena medida ser una síntesis solvente de los cambios en la alta política del reinado de Felipe V. Tal es el caso de los capítulos centrales dedicados al rol del biografiado en las reformas administrativas en el marco de la Nueva Planta borbónica y su subsecuente procesamiento por la Inquisición. Aunando la copiosa bibliografía reciente y documentación inédita (sobre todo del Archivo de Simancas y del Histórico Nacional) se aborda el período del Macanaz jurista y político convertido en fiel factótum de Felipe V como fiscal del Consejo de Castilla. Precioso nos presenta un Macanaz que buscaba labrarse un «perfil autónomo» (p. 106) entre la crítica arbitrista de raigambre barroca y el abolicionismo sin cuartel con acento francés, que obedecía más bien a razones de inmediatez coyuntural que a un meditado programa renovador.

Por otra parte, la oposición que pronto levantaría dentro de los Consejos vendría no tanto de una discrepancia ideológica, sino de una sorda lucha entre el personal que componían los Consejos. En este apartado, se aprecia uno de los principales esfuerzos de Precioso, que es seguir la

pista de aquellos murcianos elevados gracias a la intercesión de Macanaz. Desde luego, no puede ignorarse que la fidelidad del reino de Murcia al nuevo monarca fue una ventana de oportunidad para ampliar los márgenes de poder de estos servidores. Sin embargo, lo que el autor de este libro consigue matizar es que el criterio de ser o no murciano no era suficiente, sino que la permanencia de estos sectores sociales dependía también de la fidelidad entre los propios afortunados. El principal fracaso de Macanaz, y que en buena medida explicaría su caída, fue la debilidad de la red social que tejó a su alrededor, ya que antes que «hechuras» sus valedores eran simples favorecidos por su perfil técnico que tras su desaparición en muchas ocasiones se reincorporaron sin problema a los cargos (p. 180).

La familia en Hellín consiguió mantenerse en el poder local, pero el procesamiento inquisitorial también llegó a alcanzar a su hermano Antonio (prior del convento dominico de la ciudad de Murcia), lo que sería una perfecta demostración de «una depuración política por medio de una Inquisición instrumentalizada para la ocasión» (p. 232). Melchor, una vez juzgado y desterrado, se dedicaría a una labor de agente diplomático oficioso de la monarquía bajo el amparo de algunos franceses poderosos, posiblemente el duque de Berwick. El flujo de comunicación constante con el gobierno español a través de sus memoriales fue fundamental en que permaneciera, a pesar de su apartamiento, en el espacio de la monarquía. La escritura parece haber sido su último recurso de salvación (p. 277).

El trabajo de Precioso ofrece dos aportaciones más que es necesario destacar. Por una parte, como es obligatorio en una biografía actual, la percepción ulterior del personaje resulta muy relevante para su evaluación histórica. Con este objetivo, se aborda el tema de la memoria histórica y la historiografía posterior sobre Macanaz. La pervivencia de su memoria como crítico de

la Inquisición le condujo a su elevación a la categoría de «héroe regalista» por parte de Mayans y Valladares. También se hace mención a su resurgimiento como «sabio patriota» en las cortes de Cádiz donde fue citado por moderados y exaltados a conveniencia. La pervivencia de Macanaz (ya mitificado) demostraría su versatilidad y maleabilidad al abordar las relaciones Iglesia-Estado, aún en un momento como el de 1812 en que el «régimen de historicidad» estaba en pleno cambio.

En segundo lugar, la otra contribución que debemos agradecer a la investigación de Precioso es la que trata del auge y caída del nieto de Melchor, Pedro de Macanaz, que demuestra perfectamente que los modernistas podemos y debemos introducirnos en el reinado de Fernando VII. Criado a la sombra de su tío Juan Pablo Salvador Asprer (corregidor en Hellín y nacido en una familia noble de Vilafranca del Penedès, más tarde fue ascendido a barón precisamente por clamar los méritos del abuelo Melchor), Pedro se inició como diplomático bajo la protección de Florida-Blanca y consiguió sobrevivir a los cambios ministeriales de Aranda y Godoy. En los años de 1808-1814 se destacó por su fidelidad a los hombres de Fernando VII, acompañándolo a su prisión en Valençay y luego participando en las negociaciones para su retorno. Como su abuelo había hecho un siglo antes, en un momento de crisis dinástica, Pedro jugó la carta de acercarse al núcleo más duro de la restauración del poder monárquico como se testimonia de su participación en las comisiones para las depuraciones como ministro de Gracia y Justicia en 1814. Sin embargo, los paralelismos no se acaban aquí ya que pronto sufrió de nuevo otra caída en desgracia, esta vez, con menos resonancias heroicas: fue acusado por compraventa de oficios. ¿Otra conspiración de sus enemigos? Las fuentes no parecen ofrecer nada concluyente (pp. 395-400). Tras dos años de presidio en

la Coruña, fue nombrado Consejero de Estado honorario y vivió apartado en oscuridad hasta su muerte en 1830. La familia Macanaz repetía otra vez el ciclo de auge y caída.

Melchor y Pedro habrían pertenecido a una familia que puso sus esperanzas de ascenso social en el ascenso político al servicio del rey. En ambos casos, un apego fiel basado en los méritos y la pericia técnica se vio truncado y relegado a un espacio que, sin ser irreversiblemente apartado, fue claramente marginal. Para ambos casos, «la movilidad política no se vio totalmente correspondida con una necesaria movilidad social» (p. 407). Las dificultades para la circulación de élites en el alto aparato administrativo de la monarquía y la debilidad de una familia encumbrada exclusivamente en la obtención de cargos aparecen como los obstáculos de un impulso reformista que le debía demasiado al patronazgo y la guerra. Precisamente, el mérito de la biografía como forma de hacer historia es que permite evaluar las fricciones entre la *structure* y la *agency*, entre los condicionantes heredados y la autonomía del individuo. A pesar de que un hombre como Macanaz asumiera un regalismo militante, este proceso de autoinducción del *habitus* no fue suficiente para consolidarse. La tesis de Francisco Precioso Izquierdo es un excelente ejemplo de ello.

Como último apunte crítico sugerido por la lectura de este trabajo, una tarea que queda pendiente sería la de expurgar, clasificar y editar los textos de Macanaz. Como se detalla en el capítulo dedicado a ello, la frondosa obra del hellinero se encuentra dispersa (véanse los catálogos en pp. 265-270 y 275) y plagada de apócrifos. Sin duda valdría la pena el esfuerzo editorial de publicar una selección de sus textos más notables, muchos de los cuales todavía siguen inéditos. Una antología actualizada y anotada correctamente permitiría disponer de un recurso para futuros investigadores que quisieran acercarse al pensamiento

político regalista, fundamental para entender las querellas entre el poder político y

religioso del resto del siglo XVIII y de buena parte del XIX.

Calderón Argelich, Alfonso

Universitat Autònoma de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/manuscris.199>

<https://orcid.org/0000-0002-1070-7419>

